

Carole Geneix

## Las mil y dos noches

Traducción del francés  
de Vanesa García Cazorla

**S**iruela

Nuevos Tiempos Policiaca

*Para Robert, en recuerdo de Rusia*

## PRIMERA PARTE

Dimitri Ostrov sacó del sobre cuadrado de papel la carta que tenía encima de la cama. En un triángulo negro se recortaba el perfil de un príncipe persa y, en el dorso, escritas con pan de oro, las siguientes palabras:

*Paul Poiret invita  
al señor Dimitri Moiséyevich Ostrov  
a Las Mil y Dos Noches.  
La fiesta tendrá lugar el 27 de marzo de 1912  
en la residencia de Paul Poiret,  
sita en el 107 de la Rue Saint-Honoré.  
Se pospondrá en caso de mal tiempo.  
Indispensable acudir con un disfraz  
tomado de los cuentos orientales. A las 21:30.  
S.R.C.*

¿Qué era aquello? Seguramente un capricho de la condesa, que solía figonear su habitación en su ausencia. Ella se burlaba de todo: de las antiguallas que, tras mucho rebuscar, compraba él en los anticuarios; de las fotografías de su infancia en Rusia y hasta de ese mechón de pelo de Anastasia que ella sacaba de su medallón para enrollárselo en torno al dedo, riéndose. Pero ¿qué podía decir él? Al fin y al cabo, la condesa estaba en su casa y a él lo trataba como a un príncipe.

Dimitri giró la invitación entre los dedos. De modo que el Rey de la Moda en persona lo había invitado, el modisto habitual y amigo íntimo de la condesa, favorito de todo el París artístico, que había revolucionado la vida de las mujeres, desembarazándolas del corsé. ¡Menuda sorpresa! En sus siete años al servicio de la condesa, Paul Poiret jamás le había concedido una mirada ni le había dirigido una palabra.

Junto a este estaría su esposa Denise, siempre pavoneándose allí donde había que ser visto, la quintaesencia de la mujer advenediza salida de la nada. Una pueblerina convertida en unos años en la ninfa Egeria de la capital. Ella sería la reina de esa *garden-party* que prometía quedar en los anales. Y es que la pareja Poiret era conocida por las refinadas bacanales que él daba a la crema del arte y la política, a las que solo unos pocos elegidos tenían acceso.

Dimitri abrió el programa de la fiesta.

*Y esa será Las Mil y Dos Noches...  
Y esa noche no habrá nubes en el cielo,  
y nada de lo que existe existirá...  
Habrá luces y perfumes y flautas  
y timbales y tambores y suspiros de mujeres  
y el canto del bulbul orfeo...*

¿No desentona él entre aquel alarde de lujo? Él, mero secretario de una excéntrica condesa rusa. Cada día, solía interpretar para ella el papel de confidente, escolta, escriba, ujier, porteador, recadero, masajista. Y ahora, ¿también el de caballero? Las murmuraciones se propagarían como un reguero de pólvora, esos comentarios dichos a media voz, como cuando lo veían siguiendo sus pasos cargado de paquetes cual perrillo faldero bien aseado atado a una correa invisible. Todo el mundo pensaba que se acostaba con Svetlana, que estaba con ella por su dinero. ¡Su dulce y hermosa condesa, su princesa de *Las mil y una noches*, a la que jamás habría osado tocar un solo pelo!

El destino le había deparado la gracia de cruzarse en el camino de esta rusa que había llegado a París en 1905, aseguraba ella, para buscar *la joie de vivre* a la francesa. Mas nadie era tan candoroso como para creerla: a buen seguro, huía de los bolcheviques que, en el Imperio ruso, arremetían contra las personas de «ilustre cuna» como ella, esos terratenientes que llevaban siglos avasallando a sus *mujiks* a lo largo y ancho de miles de kilómetros de estepas y tundras. Pero con ella nunca se sabía. Jamás hablaba de su pasado.

Su condesita.

Ella a menudo lo llamaba «Dimia, mi precioso Dimia», entornando los ojos como para resguardarse del blanco sol de los veranos petersburgueses.

¿E Ígor, su hijo? Seguramente acudiría a la fiesta. ¿No vería este con malos ojos su presencia allí, ese hijo que desaprobaba los regalos que su madre prodigaba a su secretario: los gemelos con engarces de piedras preciosas, el reloj Piaget, las corbatas de Bután? ¿Un sirviente luciendo un Piaget? Un día, había sorprendido una conversación. La puerta del salón estaba entreabierta. Mi fortuna, le decía la condesa a su hijo, la gasto como me place. Y si quiero comprarle anillos de oro o pañuelos de seda a mi secretario, ¿se los compro y sanseacabó!

Y había dado una patada que hizo que tintinearán las arañas.

Sin embargo, Dimia siempre había admirado a ese hombre de atuendo impecable, de cuerpo de atleta griego, de rostro fino como una cuchilla. Sus modales, su desenvoltura, las sagaces respuestas que manaban de su boca como un elixir, todo en él irradiaba nobleza y distinción. Casado con la heredera del clan de los Lansquenet, cuyos antepasados se remontaban a san Luis, había dado muestras de cierto talento para los divertimentos de la realeza que le había granjeado un nombre desde su entrada en los círculos parisinos más impenetrables.

Dimia no poseía ni los ademanes felinos ni la conversación de Ígor. Lo único sobre lo que él podía hablar sin pasar por un idiota era del teatro y el cine. Mas las tablas no le interesaban a nadie. A lo sumo, un numerito de feria, de circo de provincias.

De gitano.

De judío errante.

Había algo, empero, que Dimia sabía hacer y que Ígor no aprendería jamás.

Dimia hacía reír a la condesa cuando esta, tras cada una de las visitas de su hijo, se encerraba en su alcoba para llorar.